

## DISCURSO DE RECEPCIÓN POR EL ACADÉMICO DR. ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

La Academia recibe hoy a Eduardo Martiré. Llega después de recorrer un arduo itinerario, que inició en sus años juveniles, cuando comenzó sus estudios jurídicos e históricos, se inició en la carrera de la magistratura, borroneó sus primeras cuartillas e incursionó en los escalones prologales de la docencia universitaria. Como Pellegrini en el célebre discurso de 1906, podría decirnos hoy que su "jornada ha sido larga y el camino muchas veces accidentado y áspero". Porque Martiré ha sido un hombre de lucha, de tesón, de empeño, de largas vigiliass de estudio, meditación y trabajo intelectual.

Este hombre batallador ha tenido, sin embargo, su remanso. Es quien es porque tuvo a su lado en los últimos 35 años a una mujer bella y admirable, de fina espiritualidad, bisnieta de Paul Groussac, e infatigable promotora de obras de bien público.

Los ocho hijos de este matrimonio ejemplar, a los que se suma un número creciente de nietos, conforman un ámbito que ha servido de marco y estímulo a los intensos trajines del nuevo académico. Porque sin mengua de la múltiple actividad que ha desarrollado como hombre de pensamiento y acción, Martiré siempre otorgó primacía a su casa, en la que es un rey para sus hijos, y un súbdito de sus nietos.

Al presentarlo hoy en esta ceremonia inaugural, en la que pasa a ocupar el sillón que lleva el nombre de un ilustre jurisconsulto e historiador, Vicente Fidel López, debo referirme a cinco áreas en las que se ha destacado con aportes

significativos. Me refiero a su desempeño en la *magistratura*, a su *trayectoria universitaria*, a su labor de *investigador y publicista*, a su actividad *académica* y a su *prédica cívica e institucional*. Las resumiré en forma concorde con los límites de esta presentación.

El Dr. Martiré ingresó en el Poder Judicial de la Nación en 1956. Cumpliendo simultáneamente sus obligaciones laborales y estudiantiles, se graduó en la Universidad de Buenos Aires de Escribano, Abogado y Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Al tiempo que obtenía estos diplomas se desempeñó, en forma sucesiva, como empleado judicial, Secretario, Juez de 1ª Instancia e integrante de dos Cámaras Nacionales. Parece mentira que 28 años de magistratura, con todo lo que significan en trabajo y dedicación, puedan resumirse en tan breves palabras. Lo cierto e importante es que todo el foro sabe que Martiré fue un Juez sabio y probo que lamentablemente para nuestra República fue separado del Poder Judicial en 1984, cuando había acumulado una experiencia invaluable y se encontraba en la plenitud de su capacidad intelectual. Dejemos el episodio para quienes quieran ocuparse de la pequeña historia de nuestras arbitrariedades y pasemos a reseñar otras facetas de su personalidad.

La actuación de Martiré en varias universidades e institutos superiores de nuestro país ha sido múltiple desde que se inició como Ayudante en la Cátedra de Historia de las Instituciones Argentinas, en 1959, hasta alcanzar el nivel de profesor ordinario titular en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales y de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, en la Facultad de Derecho de la Universidad del Salvador, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica, en el Instituto del Servicio Exterior de la Nación, en la Escuela Superior de Guerra y en la Escuela Superior Técnica del Ejército.

Sus alumnos constituyen una legión cuyos integrantes recuerdan con afecto al profesor que ejerció su docencia con alto sentido pedagógico, dispuesto más a enaltecer los valores deontológicos que a abrumar a sus discípulos con detalles tal vez eruditos pero seguramente superfluos.

Su vocación universitaria le llevó a extender su actividad hacia el plano del gobierno de las altas casas de estudio, desempeñándose, en tiempos diversos, como Director de la Carrera de Historia, en la Pontificia Universidad Católica, y

como Secretario Académico en la Universidad de Buenos Aires y en su Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Es difícil sintetizar el amplio espectro de investigaciones y publicaciones al cual dedicó el Dr. Martiré gran parte de su tiempo en las últimas décadas. Podríamos, no obstante, clasificarlo en cinco áreas: 1º) varios libros e innumerables artículos de derecho indiano; 2º) publicaciones referidas a los antecedentes y consecuencias de la Constitución de 1853 y 1860. A este género pertenece el discurso que pronunciará en esta ceremonia; 3º) investigaciones sobre las Constituciones de Bayona y Cádiz; y 4º) trabajos diversos como el difundido *Manual de Historia de las Instituciones Argentinas*, escrito con Víctor Tau Anzoátegui, una excelente evocación de Paul Groussac, y sus artículos sobre la presidencia de Nicolás Avellaneda y otros temas de Historia Argentina.

La actividad académica de Eduardo Martiré ha sido múltiple, valiéndole distinciones como el Premio Internacional Ricardo Levene, por su libro *El Código Carolino de Pedro Vicente Cañete*, y el Premio Academia Nacional de Derecho de Córdoba, por su actuación en el campo de la Historia del Derecho. Además, es Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia y Correspondiente de la Academia Chilena de la Historia. Ha participado de numerosos congresos en Argentina y en el extranjero. Y ha dictado conferencias y cursos en Denver; en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla; en el Museo Colón de Valladolid; en la Universidad de Navarra; en la Academia de la Fuerza Aérea de Colorado, Estados Unidos; y en otras prestigiosas entidades de nuestro país y del exterior.

Finalmente, en el plano cívico e institucional, su actividad, después de dejar su toga de magistrado, ha sido intensa y principista. Bajó al llano de la dura y extenuante política partidaria para defender, contra vientos y mareas, sus más arraigadas convicciones. No tuvo en esa brega aspiraciones pequeñas ni se desesperó por la sensualidad del poder. Supo siempre algo que Emilio J. Hardoy explicó magistralmente hace seis años en su discurso de incorporación a esta Academia. Me refiero a que el triunfo y la derrota son dos grandes impostores, porque estamos en el mundo no para vencer sino para luchar. Así lo entendió Martiré en estos últimos diez años, en los que no vaciló en recurrir a su pluma dedicada hasta entonces sólo a temas académicos y forenses, para escribir vigorosos artículos sobre cuestiones de política cotidiana.

na, preocupado por defender con energía las instituciones de la República. Una actuación especialmente memorable fue la que cumplió en defensa de la libertad de expresión, cuando pronunció un vibrante informe oral ante la Cámara Federal protestando por el desempeño de un Juez que censuró el texto de una solicitada, ordenó su secuestro y prohibió su publicación en cinco diarios de Buenos Aires.

Con igual inspiración patriótica ha desplegado una intensa actividad como conferenciante y miembro de varias entidades cívicas en defensa de nuestra Constitución histórica. Su pensamiento se encuentra cabalmente reflejado en el discurso que hace pocos días pronunció en el Club Universitario de Buenos Aires, en el acto celebrado para conmemorar el 140 aniversario de la carta sancionada en 1853.

Señoras y señores: He procurado sintetizar en este breve discurso de recepción la fecunda trayectoria de Eduardo Martiré. Encuentro, sin embargo, que la reseña de títulos, trabajos y antecedentes resulta fría e insuficiente ante la realidad de una vida cargada de matices. Porque un curriculum nunca refleja en plenitud el perfil de un hombre. En este caso, de un hombre cálido, de fuerte temperamento; que ha forjado con disciplina y constancia su personalidad moral e intelectual; que profesa un sentido sagrado de la amistad; y que ha demostrado tener coraje en tiempos difíciles, cuando otros callaban o se escondían.

No puedo cerrar este discurso de recepción sin señalar que Martiré es un hombre de Fe, que conoce la fragilidad de los logros y de las ambiciones humanas, y que pone su esperanza en el Señor, porque sólo Él tiene palabras de vida eterna.

Al darle la bienvenida, le expreso, en nombre de esta Academia, que mucho esperamos de su inteligencia y laboriosidad. Sabemos, todos, que no nos defraudará.